

UN OSCENSE CASI OLVIDADO: MARIANO RICAFORT PALACIN

Por ANTONIO BASO ANDREU

Es indudable que desde las primeras fuentes de conocimiento histórico hasta nuestros tiempos ha habido hombres, pueblos e instituciones de los que escasamente han llegado hasta nosotros tan sólo su nombre, a la par que han existido otros que ni siquiera hemos llegado a conocer, en tanto que muchos apenas han sido descifrados pese a representar un auténtico valor.

La mera enunciación de los hechos y rasgos en que se ha desenvuelto un individuo a lo largo de su vida no constituye una biografía digna de llamarse tal, sino ésta ha de ser causa y efecto, verdadero y único historial de la evolución continuada de sentimientos, en los que la obra de la propia figura frente a su momento es cuanto se valora para ser anverso y reverso recíprocos entre el medio y la persona, es decir, en su condición receptora y creadora.

En este sentido, Pascual Vidali, en su *Biografía de Maquiavelo*, escribe: «Me esforcé en investigar cómo en aquel siglo el espíritu del maquiavelismo existía antes de que apareciese Maquiavelo y le diera su sello y su forma científica». Igualmente podemos afirmar que sin el clima de religión y milicia de la España del siglo xvi tampoco podría explicarse una vida como la de Ignacio de Loyola, ni el papel receptivo de Felipe II para constituirse en tipos históricos dentro del momento nacional de su época.

Pero, a pesar de todo ello, el hombre también despliega su acción creadora, que se impone para marcar el curso de los acontecimientos históricos. Aquellos que lucharon en la guerra de la Independencia española y en gestas anteriores y posteriores a aquella epopeya, por separado y unidos, con su fecundo manantial de enseñanzas, representaron

la verdadera síntesis del alma española en la que resaltaron tanto las virtudes como cualquiera de sus defectos, haciendo que su ánimo quedara exaltado hasta la muerte para elevar eternamente todo sentimiento patriótico y de independencia.

De aquella lucha tan desequilibrada en fuerzas y de los hombres que al mundo asombraron se ha hablado mucho y se ha escrito más. En el primer centenario de la Independencia se publicaron infinidad de libros, monografías, folletos y relatos históricos, todos enaltecendo la acción del pueblo español en la gloriosa gesta de 1808 a 1814. Fueron infinitos los ensayos de bibliografía patriótica y militar sobre aquellas campañas y también múltiples los hombres que del silencio y el olvido salieron a la luz para ser contemplados y servir de ejemplo imperecedero. Pero, pese al buen deseo de cualquier autor o de quienes han sentido afición por esta materia, siempre resultaron limitados e incompletos estos estudios, que ahora, en el CL aniversario, vuelven a salir con el ánimo y deseo de ser nuevamente examinados en sus más nimios detalles.

No abrigamos, ni mucho menos, la pretensión de traer una monografía completa del personaje ilustre que vamos a tratar, pero sí deseamos resaltar que, sobre unos hechos tan gloriosos y de unos patriotas tan valerosos, aún existen papeles inéditos y cantidad inmensa de legajos en los que se hace preciso su aprovechamiento y buceo, para que en la posteridad sean objeto de honra y justicia, aunque sólo sea por cuantos congéneres suyos nacieron en este mismo paisaje de sierra y llano y bajo los mismos colores de cielo y nubes.

En este CL aniversario del comienzo de la guerra de la Independencia, hemos resuelto traer ante nosotros a un oscense que quizá sea de los más desconocidos entre los que surgieron de aquella inmortal epopeya para su eterna consagración: Mariano Ricafort Palacín. En nuestro ánimo está equilibrar sus más altos valores, exaltar sus mejores prendas de moral y, ante todo, realzar su mérito indiscutible aunque nada más sirva de ejemplaridad para quienes, como él, vinieron al mundo en este mismo solar.

Primeramente contemplaremos al héroe y después al hombre que, en el pináculo de su carrera, todo sencillez y entregado al servicio de la Patria, alcanza los puestos más difíciles y de mayor responsabilidad en un íntegro y fiel cumplimiento. Porque éste es el mérito de nuestro hombre, como dice Baltasar Gracián: «no ha habido héroes sin eminencia de algo, porque el héroe es carácter de la grandeza». Menéndez y Pelayo afirma que su virtud es la de la independencia, y sin los cuales dejaría de existir la auténtica acción que da lugar a los hechos heroicos por excelencia.

Todos convenimos en que los héroes y todos aquellos que pusieron su existencia en constante servicio, como fue la vida toda del oscense Mariano Ricafort Palacín, son poseedores de una insuperable grandeza de alma, sin la cual los más altos ideales no apasionan, no excitan ni empujan a lo que muchas veces parece humanamente imposible. Porque este linaje de hombres privilegiados casi siempre da escaso valor a las cosas terrenas, mirando más bien al cielo, donde creen encontrar las cosas de la Patria que no ha de morir, porque con clara visión llegan a comprender que esto se desprende del mundo y que tiene que elevarse a la gloria donde no existe término ni final.

AÑO 1776

En 20 de febrero de 1776, nace en Huesca un niño que se ha de llamar Mariano Ricafort Palacín. Su nacimiento ocurre en el momento en que Carlos III dicta su pragmática sanción dirigida a los infantes sobre las uniones desiguales; con la enérgica carta del conde de Aranda al confesor Eleta, quien se vio impulsado a presentar una memoria en la que acusaba a Grimaldi de notoria incapacidad, dando lugar a que en noviembre de aquel año zarpara de Cádiz una escuadra a las órdenes del teniente general marqués de Casa-Tilly para tomar rumbo a Buenos Aires y otra flota mandada por Miguel Gastón que se habría de dirigir a la desembocadura del Tajo frente a Lisboa. Son los días en que los colonos norteamericanos proclamaban en el congreso de Filadelfia la declaración de la Independencia y comienzan los auxilios pecuniarios de España a los insurgentes, con las quejas de la Gran Bretaña que no veía bien el proceder de nuestra política. Sin embargo, Carlos III no deseaba la guerra, pues se hallaba empeñado en la empresa ultramarina frente a Portugal.

En Huesca, en la calle nueva de la Seo, que comprendía desde la plaza Nueva hasta la calle de las Cortes, está la casa en que nació Mariano Ricafort ¹. Allí, sus padres José Ricafort y Juana Palacín, poseían su casa solariega de Huesca, de donde el 25 de febrero de 1776 salió para ser bautizado en la Catedral por mosen Francisco Castellón, quien le impuso los nombres de Mathias, Mariano, Benito y Joseph, siendo padrino el padre de aquel niño bautizado ².

1. RICARDO DEL ARCO, *Las calles de Huesca*, Huesca, 1922.

2. Archivo Parroquial de la Catedral de Huesca, t. IX, fol. 148 v. de bautizados.

Nos hallamos en la segunda mitad del siglo XVIII. En aquel mismo año, el 24 de junio, se posesionaba de la mitra oscense el obispo Pascual López Estaún, nacido en Santa Eulalia la Mayor, hijo de una familia labradora de antiguo renombre en el abadiado de Montearagón. Las obras de reconstrucción de la actual fábrica del santuario de Loreto estaban casi finalizándose para ser bendecidas al año siguiente por el prior Tomás Gros. La ciudad de Huesca vivía con su pequeño censo; había comenzado a derribar los torreones y lienzos de piedra de sus murallas para elevar sobre sus cimientos otros edificios con el aire clásico y la típica línea de la arquitectura civil de aquel momento. Manuel Laredo era el alcalde mayor.

Gusta imaginar cómo era nuestra pequeña ciudad buscando su salida al campo, entre aquellas estrechas callejas y en declive, donde en casa de los labradores relincharían las bestias de tiro junto al balido de los corderos; con el martilleo de los carreteros golpeando en la bigornia para ajustar un buje de rueda o para dar forma a una reja de arado. Gusta imaginar aquel cuadro patriarcal entre el ambiente campesino y el recogimiento menestral, que con la vida religiosa y el carácter estudioso-universitario formaban en verdad el mejor tríptico de un retablo secular de devoción, trabajo y sabiduría que a su vez llevaba aparejadas la santidad con la virtud.

La primera edad de Mariano Ricafort se nos muestra muy velada. Creció el pequeño Mariano José en el caserón cuadrado de sus mayores, donde es seguro que el alma virgen de aquella criatura, nacida con una fácil y despierta sensibilidad, se hizo dúctil a toda influencia constructiva y que llegaría a ser el resultante complejo de los distintos factores que sobre él actuaron en sus primeros años.

SU JUVENTUD Y CARRERA

Aquellos factores, que son decisivos en la modelación del hombre, con sus cualidades hereditarias, son los que conducen a la verdadera personalidad humana. Los primeros años, que bajo la tutela paterna transcurrieron en Huesca, fueron los que le abrieron los ojos al misterio de la vida, siendo sus padres quienes le enseñaron esas cosas básicas y sustancialmente sencillas que forman los primeros peldaños de una educación noble y cristiana.

Su primera mocedad coincide con los años comprendidos entre 1791 y 1793, cuando una nube de emigrados franceses había invadido Cataluña y constituía el grupo que se llamó «La Coblenza del Sur». En

Barcelona se habían dado cita gran parte de la oficialidad de los regimientos de Cambresis, el Rosellon y Medoc, en tanto que el Ampurdan era el asiento de nobles de las casas de Campragne, Dubarry, Montalembert y Berthier. Todos buscaban el refugio de España antes de perecer bajo el filo de la guillotina. La convención de 7 de marzo de 1793 declaraba la guerra a España por su adhesión a Luis XVI; el día 23, Carlos IV contestaba con un manifiesto digno, en el que con toda valentía aceptaba el ultimátum de la Convención.

El 6 de julio de 1793, Mariano Ricafort sentaba plaza como soldado distinguido, ocupando este puesto durante diez meses y cuatro días. España y Francia se hallaban en guerra. El 17 de abril de aquel año, el general Ricardos había iniciado la campaña atacando a Francia con sólo 3.500 hombres; estas primeras operaciones se desarrollaron rápida y eficazmente. Ocupó Saint-Laurent de Cerdá y Arlés; el 18 de mayo ganó la batalla de Mas-Deu contra el general De-Flers, y en 23 de junio conquistaba la plaza de Bellegarde. Seguidamente atravesaba el Têt, donde habrían de serle adversas las operaciones de Peyrestortes y Veruet, contrariamente a la de Truilles, en la que supo vencer ³.

En aquella campaña, en la que el general Antonio Ricardos puso de relieve sus altas dotes como militar y estratega en una difícil guerra de montaña, el oscense Mariano Ricafort Palacín iniciaba su carrera en la milicia como cadete en la Compañía de Descubridores. El 10 de mayo de 1794 y en el curso de las operaciones efectuadas en el Pirineo de Vilaller, comisionado por el general Carraja, introdujo hábilmente papeles seductivos en el campo enemigo, siendo promovido por méritos de guerra al empleo de subteniente segundo con destino en el Regimiento del Príncipe de Infantería, el 25 de diciembre de 1795 ⁴.

Aquella campaña continuó, aunque las operaciones del Ejército de Aragón que mandaba el príncipe de Castel-Franco decrecieron en efectividad y brillantez, manteniéndose a la defensiva con escasas fuerzas, llegando a conquistar la Venta de Broset, en cuya acción también se distinguió Felipe Perena Casayús. Posteriormente fue el Batallón de Cazadores Voluntarios de Barbastro el que se situó en el puerto de Benasque para rechazar al ejército francés y perseguirle hasta sus propios campamentos ⁵.

3. FRANCISCO LÓPEZ CEREZO Y ANDREU, *El general Ricardos y la campaña del Rosellón*, 1893.

4. Archivo Histórico Militar de Segovia (en adelante citamos AHM), Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

5. Servicio Histórico Militar, Madrid (en adelante citamos SHM), sección de historiales de Cuerpo, el Batallón de Cazadores de Barbastro.

La guerra continuó desfavorable para España, hasta que el 22 de julio de 1799 se firmaba la paz de Basilea. Al poco tiempo, después de cuatro años y casi cinco meses de subteniente segundo, Mariano Ricafort, el día 23 de octubre de 1799, ascendía a subteniente primero, continuando encuadrado en el Príncipe de Infantería.

Las relaciones de España con Portugal tampoco resultaban muy claras. El monarca español acababa de abandonar a la vecina nación lusitana en la paz de Basilea. En aquellas circunstancias, el Gobierno de Portugal decidió pactar directamente con Francia; en vista de ello, España concentró sus fuerzas en Galicia y Badajoz, y el 2 de marzo de 1801 se declaraba la guerra.

El 20 de mayo, las tropas españolas que mandaba el brigadier Urbina atacaron la plaza de Elvas, que supo resistir bravamente. El Regimiento de Infantería del Príncipe puso sitio a Campo-Maior, en cuya acción tomó parte y se distinguió valerosamente el subteniente primero Ricafort Palacín. Mientras tanto, en las operaciones de Barbacena, San Vicente y Castell-Devide y en el ataque a Narvaón, volvía nuevamente a escribir páginas gloriosas el Batallón de Cazadores de Barbastro núm. 44 ⁶.

Los preliminares para la paz de aquella guerra fueron tratados en Badajoz. El anciano general Lafôes manifestaba: «¿Para qué nos havemos de bater? Portugal e Espanha são duas bestas de carga. A Inglaterra nos excita a nos, e a França vos aguiehâa a vós. Agitemos e toquemos pois a nossas sinetas; mas, pelo amor de Deus údo nos façamos mal alguno. Muito se reiriam en tal caso a nossa custa». El día 6 de junio de 1801 se firmaba la paz de Badajoz entre Portugal, Francia y España ⁷.

En este intervalo de paz, a su regreso de la «guerra de las naranjas», Mariano Ricafort Palacín, por real orden de 7 de mayo de 1803, obtuvo real licencia para casarse con doña Antonia-Paula Sánchez de Lima, con la que contrajo matrimonio sin opción al Montepío, a no morir en acción de guerra o sus resultas ⁸.

Al año siguiente, el 8 de septiembre, ascendió a teniente, sirviendo en este empleo durante tres años y casi once meses en el mismo Regimiento del Príncipe, de guarnición en Madrid.

6. SHM, el Batallón de Cazadores de Barbastro.

7. MARQUÉS DE LOZOYA, *La guerra de las naranjas, Nacao Portuguesa*, 1925.

8. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fol. 2.

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Habían sido muy grandes los sacrificios de Carlos IV en favor de Francia. Por un espíritu de lealtad y por apoyar a la monarquía francesa protestó en contra de la prisión de Luis XVI y luego declaró una guerra en la que el Gobierno español ofreció 300 millones de reales. Napoleón, triunfante en todos los terrenos, despojó a los Borbones de Nápoles y las Baleares de España en compensación de Sicilia. El desastre de Prusia dejó descubierta a España, que se obligó a cualquier imposición y Napoleón tomó un ejército expedicionario de 16.000 españoles, que al mando del mallorquín marqués de la Romana fue enviado a luchar a Holstein.

Posteriormente, se unió Napoleón a España en contra de Portugal y con halagos engañó a la corte española, mientras un cuerpo de tropas atravesaba nuestras tierras al mando de Junot y Murat. Junot entró en Lisboa, y en tanto, el príncipe heredero de España, Fernando, mostraba su indignación al ver a su patria convertida en un satélite de Francia y movida por los caprichos de Godoy.

Napoleón continuó su política y hacía ocupar los principales puntos de España por Murat y 85.000 soldados, en su mayoría reclutas, que pronto iniciaron toda suerte de atropellos con el robo, la violación y el pillaje. Las plazas y fortalezas también le fueron entregadas por sorpresa y los templos, conventos y monasterios saqueados con los más sacrílegos despojos⁹.

El odio aumentaba por momentos y los incidentes entre la soldadesca francesa y la población española eran ininterrumpidos en el transcurso de los días. Toledo y Burgos fueron escenario de los primeros alborotos. Murat se había instalado en el palacio de Godoy. El príncipe de Salm-Salm, ayudante de Murat, borracho con sus amigos, asesina al comerciante madrileño Manuel Vidal en la calle del Candil, en tanto que los soldados franceses saqueaban los parques militares para apoderarse del armamento.

Se iniciaba la conspiración nacional. La Secretaría de Estado Mayor mantenía los primeros contactos con las guarniciones peninsulares y el Parque de Artillería fue el lugar en donde los militares españoles se juramentaron para defender su honor. El 1.º de mayo de 1808 fue silbado Murat en las calles madrileñas. Llega la mañana del 2 de mayo, los patriotas salen a la calle y la primera sangre tiñe de púrpura el suelo de Madrid frente a Palacio¹⁰.

9. ZABALA, *España bajo los Borbones*, Barcelona, 1930.

10. JOSÉ GÓMEZ ARTECHE, *Dos de mayo de 1808*, Madrid, 1908.

Rápidamente el pueblo organiza la resistencia y el combate llega a todos los barrios de la capital. Cada uno se transforma en héroe. El capitán general de Madrid, Francisco Xavier Negrete, había ordenado el acuartelamiento de tropas, pero soldados y oficiales, muchos de éstos disfrazados entre el paisanaje, luchan juntos esgrimiendo armas improvisadas. Entre los oficiales del Regimiento del Príncipe sale a luchar el teniente de infantería Ricafort Palacín, que codo a codo se bate con los oficiales de su grado Jacinto Ruiz y el habanero Luis Arango y el subteniente Félix Carpegna, estos dos artilleros defensores de Monteleón.

La lucha se encarniza por momentos. El primer ataque de la División de Wesfalia es rechazado con energía. El Consejo de Castilla, al mediodía, por orden de Murat, recorrió las calles para sofocar la rebelión. Muchos patriotas habían caído en poder de los franceses para ser alevosamente pasados por las armas. El 3 de mayo, el invasor lanzaba una proclama en la que conminaba, bajo pena de muerte, a la entrega de cualquier arma. Mariano Ricafort, de entre las filas del enemigo, con gran audacia y valor, logró evadirse tomando camino de Extremadura, donde, con el teniente Ruiz, éste herido de muerte, halló refugio en aquellas tierras, solar de conquistadores, donde en sus campos como en el alma de sus pueblos, halló la misma noble serenidad sentenciosa y la plena gravedad que también encontraron Felipe Perena, Villacampa, Costa y Pano y Miguel Sarasa en los hombres del Altoaragón, porque Extremadura es, típicamente, la tierra de guerreros y descubridores que en número y con temple extraordinario realizaron en gran parte la empresa española de la Conquista.

Frente al horizonte ancho y dilatado de estas tierras donde el pensamiento y la acción se sienten poseídos de un ímpetu de hazaña y vuelo, en el comienzo de la guerra de la Independencia española, Mariano Ricafort fue comisionado para insurreccionar a sus pueblos y los de Portugal contra los franceses invasores. El día 5 de agosto de 1808, por orden de la Junta de Extremadura, ascendía a capitán ¹¹.

Al mismo tiempo, el marqués de la Romana, a cuyas órdenes habría de luchar posteriormente, clava en Dinamarca sus cañones y con 9.000 hombres pasa a la isla de Langeland, donde sus soldados esperan navíos ingleses de transporte. El 21 de agosto se hacían a la mar para arribar a los puertos de La Coruña y Santander. Aquel ejército salvado lo formaban tropas de los Regimientos de Villaviciosa, del Rey, Infante, Princesa, Barce-

11. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

lona, Cataluña, Almansa y Zamora; otros soldados quedaron en Dinamarca obligados a luchar junto a los franceses en la campaña de Rusia ¹².

Extremadura se unió a los primeros movimientos contra los franceses, con anterioridad se encontraba aquí Francisco Solano, marqués del Socorro, que fue muerto en Cádiz al no secundar el sentimiento popular frente a los invasores. La falta de prestigio que acompañó a la Junta Suprema, constituida por Fernando VII, y la dificultad de comunicarse entre sí las distintas regiones españolas, algunas ocupadas casi en su totalidad por los contingentes napoleónicos, hizo que surgieran las Juntas Provinciales con competencia para organizar ejércitos, cobrar tributos y promulgar leyes. La de Extremadura, siguiendo a la de Aragón y Valencia, creyó imprescindible convocar Cortes o bien reunir en una sola las facultades de las juntas mediante un pacto federativo para entender solamente en asuntos de paz o guerra, relaciones diplomáticas y política colonial. En Aranjuez comenzó a funcionar la Junta Central el 25 de septiembre de 1808, bajo el nombre de Junta Suprema Central, que presidió el conde de Floridablanca, siendo el vocal de Extremadura el zaragozano Martín de Garay, sobre el que recayó la secretaría general de la Junta y quien ardorosamente dirigió manifiestos y exhortaciones a los pueblos de Europa ¹³.

La Junta Provincial de Extremadura tuvo en Mariano Ricafort uno de los principales colaboradores y al incansable luchador que con presteza y valor mantuvo a raya al enemigo sobre la árida topografía de aquellos campos. Había llegado la noticia de que Napoleón estaba cruzando el Bidasoa; la Junta Suprema se traslada a Extremadura deseando establecerse en Badajoz, pero ya en Trujillo desiste, decidiendo asentarla en Sevilla, donde llegaron sus miembros el 16 de diciembre de 1808. Badajoz, la ciudad fronteriza entre Castilla y Andalucía, próxima al límite de España y Portugal, que siempre mantuvo su ilustre abolengo guerrero bajo la sombra de su castillo, se vio amenazada en aquella misma fecha por una desenfundada anarquía. A Ricafort le fue conferida la pacificación de la ciudad, para lo que creó una Compañía de Tiradores, con la que logró recobrase su tranquilidad ¹⁴.

La guerra se extendía hacia todos los terrenos y se pensó en la resistencia fraccionada en cuatro Cuerpos de Ejército: el del Centro, mandado

12. JOSÉ GÓMEZ ARTECHE, *Expedición del marqués de la Romana a Dinamarca*. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, 1872.

13. ROMÁN GÓMEZ VILAFRANCA, *Extremadura en la guerra de la Independencia española*, Badajoz, 1908.

14. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

por Castaños; el de la Derecha, por Vives; el de la Izquierda, por Blake, y el de Reserva, por Palafox. Bajo el mando del general Castaños quedó Ricafort, que el 20 de septiembre de 1808, por orden de la Junta de Extremadura, ascendía a teniente coronel. Seguidamente, cumpliendo órdenes superiores, con la Compañía de Tiradores de Badajoz, alguna caballería y dispersos organizó una división en las orillas del Tajo, con cuyas tropas sostuvo los primeros encuentros frente al enemigo, al que logró rechazar pese a su inferioridad numérica en hombres y efectivos.

Seguidamente, con tropas de su división corrió por tierras cacereñas hasta situarse en el «vado» de Alconjeito, donde tomó las providencias necesarias para reforzar aquel punto; aquí se unieron el subteniente Pedro Sánchez con treinta infantes y el capitán Francisco Rodríguez con sesenta paisanos del Batallón de Voluntarios de Plasencia.

Desde aquel lugar observó los gritos de clamor de los pueblos del partido de Plasencia, en los que pequeños destacamentos enemigos habían sembrado el terror con el saqueo y la muerte. Ricafort no pudo soportar aquellos crímenes y apeló a infringir un justo castigo a los foragidos, para lo cual, el 5 de septiembre de 1809 decidió atravesar el Tajo y ocupar Torrejoncillo y Portaje, idea que manifestó rápidamente a su compañero el capitán Rodríguez. Para ello inició la operación con el paso a la otra orilla de los 150 hombres de la Compañía que él directamente mandaba; allí se incorporaron las fuerzas de Rodríguez.

A media legua de Torrejoncillo, Ricafort conferenció con los capitanes Bustamante y Rodríguez y el subteniente de su Compañía Pedro Sánchez. El plan a seguir fue el siguiente: el teniente coronel Ricafort, con una partida de cuarenta infantes de su compañía, atacaría a la bayoneta la puerta principal del pueblo y su cuartel; el capitán Rodríguez llegaría al mismo tiempo con veinte caballos frente al mismo cuartel; el sargento Joaquín Oliveras cercaría la casa donde se alojaba el comandante francés; el sargento Ramón Sánchez ocuparía otras calles, y el capitán Bustamante, con su caballería, tomaría posiciones frente a los caminos de Coria, Galisteo, Riobobos y Portaje para impedir la fuga del enemigo y la llegada de refuerzos.

La operación se inició pese a tener el enemigo fuertes contingentes de caballería en Riobobos, el grueso de la artillería en Coria y la mayor parte de su infantería dos leguas al norte de la población. Rodríguez, con arrojo, atacó, pero fue puesto fuera de combate por una descarga enemiga; entonces, Ricafort y el subteniente Sánchez atacaron a la bayoneta, empujando al enemigo hasta el mismo cuartel, donde por espacio de tres horas mantuvo un vivo fuego desde puertas, balcones, ventanas

y alguna tronera. Pero su alevosa traición culminó cuando pidieron parlamentar y Ricafort dio una orden de «alto el fuego» para tratar de acercarse, no teniendo por contestación más que tres disparos desde una reja baja. En vista de ello ordenó un nuevo ataque con redobles para aterrar al enemigo e inició el asalto a la casa, donde se distinguieron sus tropas y en especial el sargento Manuel Polonio. También fue meritoria la actuación del subteniente Pedro Sánchez, quien en todo momento puso en peligro su vida además de demostrar gran habilidad y pericia al frente de sus hombres.

Los franceses abandonaron aquel reducto, no sin dejar algunos muertos y prisioneros. Durante el combate, el mismo Ricafort llegó a empuñar un fusil con el que dio muerte a dos enemigos que pudiera observar, y metro a metro, atacando a los invasores, llegó desde la puerta hasta la plaza, en tanto que los sargentos Oliveras, Polonio y Sancho se sostuvieron valerosamente en los puntos designados, alcanzando también la plaza.

El fuego de otros sargentos apoyó la acción, causando al enemigo la mayor consternación, siendo también parte esencial de la misma; al mismo tiempo, la caballería de Bustamante persiguió a los que se pusieron en fuga, entre ellos, a su comandante, que abandonó la plaza precipitadamente. En el curso de aquel combate cayeron prisioneros el comandante francés, un sargento y veinticuatro soldados, que fueron respetados pese a las fechorías que habían cometido, mientras que las fuerzas propias solamente tuvieron un muerto y tres heridos de la Compañía de Ricafort y otros dos heridos pertenecientes a la caballería.

El fuego aún continuó por espacio de una hora, hasta que se escuchó desde el campo enemigo un fuerte sonido de «cajas» que parecía ser de generala, a la vez que daba comienzo el fuego a unas tres leguas. La acción de Torrejoncillo sorprendió al invasor y por los espías que dejó Ricafort supo que sobre unos 2.000 franceses, entre infantería y caballería, se aproximaron al pueblo, permaneciendo dos horas en sus afueras antes de penetrar por miedo a caer en una emboscada.

Con hombres de su compañía, el subteniente Francisco Cano fue designado para que activamente sostuviera el repliegue de nuestras tropas y estuvieran prontas las barcas para repasar el Tajo, en cuya operación de reembarque también se distinguió el presbítero Diego Sánchez, que junto a aquellos hombres supo sacrificarse y permaneció en las barcas ayudando en la penosa y difícil retirada¹⁵. Por esta brillante acción, a Ricafort le fue otorgada una medalla de oro.

15. Archivo Histórico Nacional, Índice de los papeles de la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino y del Consejo de Regencia durante la guerra de la Independencia, legajo 41, letra E, núm. 208-209.

Posteriormente se halló en los combates de Caura el Gallo, donde, en calidad de ayudante, luchó a las órdenes del general en jefe marqués de la Romana, así como en la acción de Don Benito el 7 de marzo de 1811. En las operaciones de Santa Marta, también en Badajoz, se mantuvo valerosamente, demostrando las mismas pruebas de valor, hasta que cayó prisionero y logró fugarse del campo enemigo antes de las veinticuatro horas de su captura ¹⁶.

El 7 de agosto de 1811, siendo teniente coronel-capitán primero agregado del Batallón de Tiradores de Badajoz, solicitó el ascenso a coronel con la ayudantía general de la División de Extremadura. Su instancia fue informada el 8 de diciembre de aquel año por el subinspector y en 11 de diciembre el general Castaños la despachaba haciendo constar que «no existían empleos de ayudantes generales, sino en el Estado Mayor». Por lo que el inspector general manifestaba en 18 de enero de 1812 que «era preciso sacar de Ricafort el mayor partido posible dadas sus altas prendas de valor, haciéndose precisa la concesión de la comandancia o agregación de tal con calidad de reemplazo por no existir la ayudantía que solicitó» ¹⁷.

Mariano Ricafort fue nombrado vocal del Tribunal Militar Ejecutivo que presidía el general Pedro Caro y Sureda, marqués de la Romana. Y como hombre de confianza nuevamente se le encomendó el alistamiento de individuos para ser encuadrados en las fuerzas de Extremadura, además de cumplir con todo acierto y eficacia diversas misiones dentro del campo enemigo y frente a sus tropas en las mismas tierras extremeñas y en la provincia de Córdoba ¹⁸.

Al mismo tiempo, siendo los comienzos del año 1812, Wellington maniobraba frente al ejército francés en las cercanías de la frontera con Portugal y tomaba al asalto la plaza de Ciudad Rodrigo el 6 de enero. La campaña de Rusia había obligado a Napoleón a retirar gran parte de sus contingentes estacionados en España, de donde salieron 8.000 soldados de la guardia imperial y 6.000 polacos del ejército de Aragón.

En el Norte eran los generales Lacy, Sarsfield y barón de Eroles quienes mantenían sin descanso la inquietud guerrera frente a los franceses. Los guerrilleros continuaban siendo el enemigo más cruel y más difícil de combatir, y Wellington, en una acción suprema, ponía sitio a Badajoz. Entonces Ricafort era ayudante general de la División del general

16. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

17. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fols. 3 y 4.

18. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

Davone, en cuyo destino permaneció mientras tuvo fuertes encuentros con el enemigo y la División fue reforzada. A continuación, pasó a Plasencia, comisionado por el general en jefe del 4.º Ejército, donde se aproximó y mantuvo estrecho contacto con las líneas francesas, observando de cerca sus movimientos, así como la situación de sus fuerzas y efectivos ¹⁹.

Después de ser sitiada la plaza de Badajoz, los aliados atacan y la ciudad se entrega. Mariano Ricafort, por orden del general en jefe lord Wellington, es nombrado gobernador militar de la plaza conquistada el 6 de abril de 1812. Seguidamente, Wellington, aprovechándose de la campaña de Rusia, el 13 de junio de 1812 avanzó con sus tropas hacia Salamanca, encontrando frente a él al ejército de Marmout, que fue vencido en los Arapiles. El 12 de Agosto, los aliados entraban en Madrid y al día siguiente se rendían las fuerzas francesas del Retiro. El enemigo levanta el sitio de Cádiz y el general Drouet abandona Extremadura; pero la campaña de 1812 habría de terminar con la vuelta del rey José a Madrid el 3 de diciembre y la retirada de los ingleses a Portugal ²⁰.

Napoleón, anteriormente, quiso desmembrar España, llevando la frontera francesa hasta el cauce del Ebro y convertir aquellas provincias del Norte en gobiernos militares dependientes de Francia. Esta resolución no dejó de disgustar a José, cuya situación había pasado al desasosiego después del desastre de los Arapiles. El César no llegaba a comprender a España; el monarca decide abandonar nuevamente Madrid para fijar en Burgos la sede del Gobierno, así como su real residencia; y su hermano, Napoleón, quería que fuese Valladolid. El día 17 de marzo de 1813, el rey intruso salía de Madrid y el 27 de mayo partía la guarnición francesa.

Por entonces, el 9 de abril de 1813, Mariano Ricafort Palacín asciende a sargento mayor, en cuyo grado, según su Hoja de servicios, sirvió en la plaza de Badajoz durante veinticinco días, hasta el 4 de mayo siguiente, en que ascendió a comandante.

Wellington, generalísimo de los ejércitos aliados, preparaba el ataque decisivo. El movimiento es iniciado por 73.000 ingleses y portugueses, a los que se unen 20.000 españoles, mientras tanto las guerrillas apoyan el ataque. José, inmediatamente, se retira a la línea del Duero; el 9 de junio está en Burgos, de allí pasa a Miranda y en Vitoria se detiene decidiendo dar batalla a los atacantes. El 21 de junio comenzó el combate, en el que los franceses perdieron hasta el bastón del mariscal Jourdan y la espada y la cartera del mismo José Bonaparte.

19. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

20. CHARLES W. CHADWICK, *Wellington Army (1809-14)*, Londres, 1912.

El mariscal Suchet emprendió desde Valencia la retirada hacia el Pirineo. El general Cassau defendía la ciudadela de Pamplona; San Sebastián fue tomada por asalto y el 1 de noviembre capitulaba Pamplona. Wellington se entera de que Napoleón ha sido derrotado en la batalla de Leipzig y decide la invasión del territorio francés. Es ya el final de la guerra; Ricafort con sus fuerzas se halla en los combates que se libran en las alturas de Galeta los días 10 y 26 de enero; en 14, 15 y 16 de febrero nuevamente sobre Galeta y en San Pelayo, y desde el 24 de febrero hasta el 1 de mayo en el bloqueo de Navarreno ²¹.

Con la que se llamó campaña de Francia terminó la guerra de la Independencia española. El día 11 de abril de 1814 abdicaba Napoleón. Seguidamente Luis XVIII era reconocido por Suchet, duque de la Albufera y el duque de Dalmacia, cesando las hostilidades. Aquel mismo año, por real decreto de 2 de septiembre, Mariano Ricafort asciende a coronel, siendo destinado al Regimiento de Infantería Ligera de la Legión Extremeña, vacante por salida del brigadier Juan Dosvnié. En este empleo permaneció un año, diez meses y veintinueve días ²².

GUERRAS COLONIALES

Cuando los borbones de España abdicaron y las tropas de Napoleón invadieron la península, los primeros gritos de independencia comenzaron a escucharse en nuestras posesiones americanas, además de dejarse sentir en aquellos territorios un alto sentimiento de fidelidad hacia los monarcas en el exilio. Cundía en el ánimo el propósito de ofrecer asilo a los reyes destronados de Europa, y no escuchando a José Bonaparte, constituyeron cada uno de aquellos países otras juntas particulares hasta tanto se resolvieran los asuntos de la metrópoli.

Así surgió en Quito la primera junta presidida por el marqués de Salvalegre, que juró fidelidad a Fernando VII. Un insulto del comisario español originó una insurrección en Bogotá; se convocó a todos los ciudadanos y el virrey Cisneros no supo negarse. La Nueva Granada se declaró independiente de la regencia de España y acataba solamente al monarca. En cambio, Cartagena de Indias, sublevada contra Bogotá, se adhirió a la regencia y convocaba a los representantes de las provincias para formar una federación en la que se reconociera a cada Estado, única

21. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

22. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fol. 5.

fórmula de interés para la libertad del país. Después fue Venezuela con la revolución de 19 de abril de 1810, siendo el libertador Simón Bolívar, de noble familia de Caracas, quien en el Monte Sacro juró redimir a su patria y con un pequeño ejército comenzó sus primeros ataques a los españoles²³.

La regencia de Cádiz se negó a reconocer los nuevos Estados y ordenó la aplicación de la ley penal, con todo rigor, a aquellos súbditos insurgentes. Bolívar publicó a su vez la «guerra a muerte», en tanto que los españoles eran inducidos a abandonar aquellas tierras si no tomaban parte junto a los defensores de la independencia. La guerra civil rápidamente se extendió con su crueldad y horrores en ambos bandos, llegando el ensañamiento y la venganza a hacerse tan habitual que unos y otros tenían en disputa los castigos más atroces.

El éxito no tardó en sonreír a los patriotas de aquel continente. Bolívar comenzó a apuntarse sus triunfos y, como un atleta de la antigua roma, era paseado por las calles de Caracas sobre un carro tirado por doce bellezas mestizas hijas de la más noble estirpe criolla. La isla Margarita era libertada por Bautista Arizmendi; Marino y Bermúdez derrotaron a los realistas Fernández de la Hoz y Zuazola; Monteverde es vencido en Maturín y Santiago Mariño es aclamado dictador de Oriente. Pero una nueva invasión realista con los «llaneros» y esclavos, ansiosos de libertad, cruzan la «pampa» llenos de furor y sed de sangre, siendo Bolívar acosado y derrotado hasta arrojarle del territorio venezolano²⁴.

La terminación de la guerra de la Independencia española dejó libre a la metrópoli para dirigir sus esfuerzos contra las colonias sublevadas. Unos 10.000 hombres, veteranos y curtidos por las campañas napoleónicas, fueron enviados a ultramar para luchar bajo las órdenes del general Morillo. El 17 de febrero zarpó de Cádiz la escuadra expedicionaria compuesta de ocho buques de guerra y cuarenta y dos transportes, que llevaban a bordo un total de seis batallones de infantería, dos de caballería, artillería y otros efectivos de guerra. Mandaba la expedición el mariscal de campo Pedro Morillo y a sus órdenes figuraban valerosos militares como Antonio Cano, Miguel la Torre, Salvador Moxó, el brigadier Pascual Enrile, el coronel Mariano Ricafort Palacín, García Gambó y Espartero, estos tres últimos pertenecientes al Batallón de Extremadura. Para algunos la travesía fue fatal, a otros mató el clima y muchos sucumbieron a lo largo de aquella guerra sobre nuestros territorios americanos²⁵.

23. MARIANO TORRENTE, *Historia de la revolución Hispano-Americana*, Madrid, 1929-30

24. MIGUEL VANCAIRE, *Bolívar el Libertador*, Barcelona, 1930.

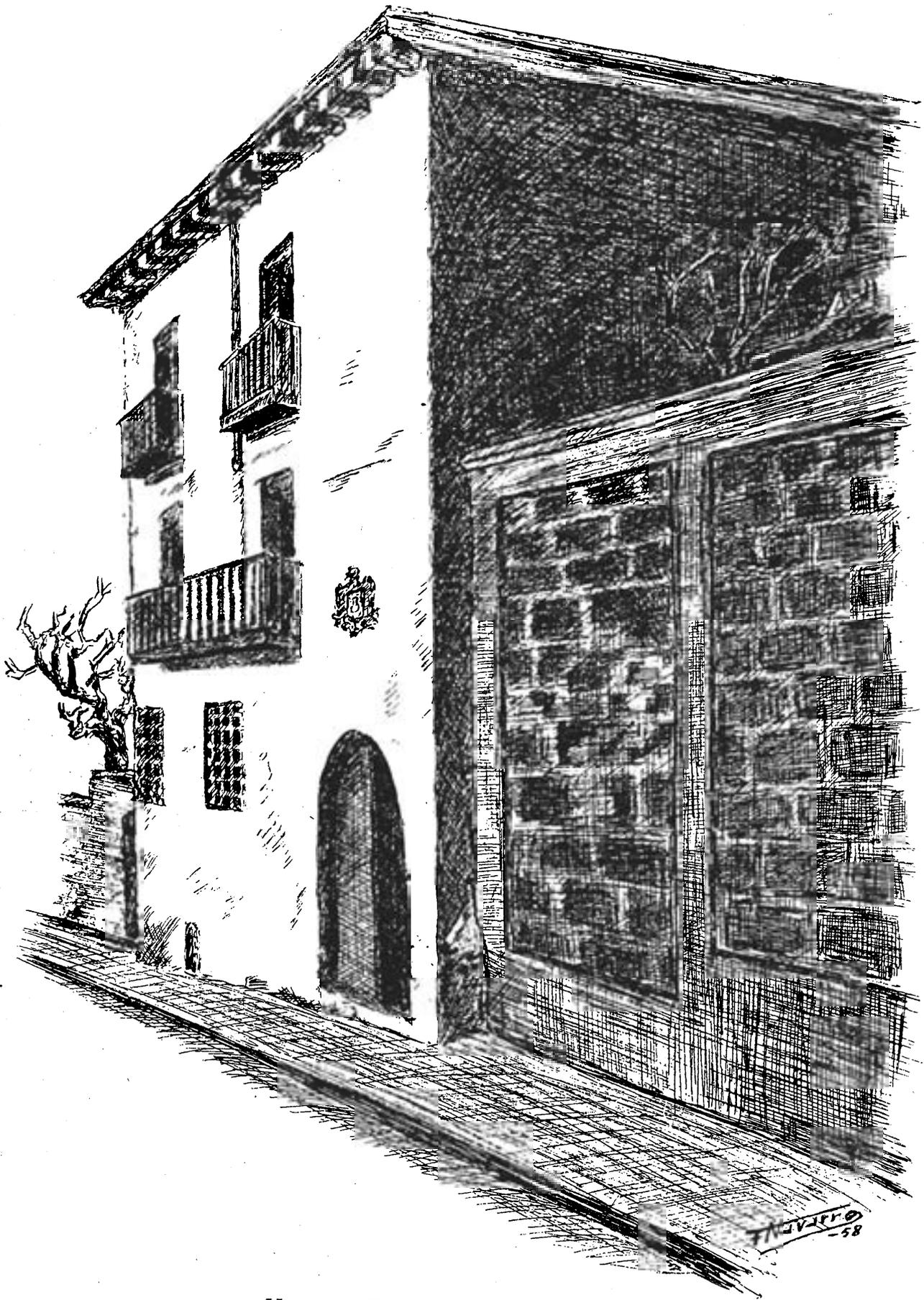
25. ANTONIO RODRÍGUEZ VILA, *Don Pablo Morillo, primer conde de Cartagena, marqués de la Puerta, teniente general de los ejércitos nacionales (1778-1837). Resumen de su vida*, Madrid, 1909.

El 5 de abril de 1815, Ricafort salió al Perú enviado por Morillo. Sus tropas la componían una pequeña división de 2.000 hombres, compuesta del Batallón de Extremadura y una compañía de artillería de a pie, la expedición puesta en marcha hizo su viaje por vía Panamá. El Perú, en 1780, había lanzado su primer grito de independencia de acuerdo con los Estados Unidos y comenzó su empresa revolucionaria a las órdenes de José Gabriel Condorcanqui, descendiente de los Incas y que había tomado su antiguo nombre de Tupac-Amrú.

Recordando el temple que animaba a aquellos hombres que sobre los amplios horizontes de América combatían por la causa española, no es fácil olvidar su heroico sacrificio y el ánimo de lucha, poniendo siempre en juego su valor. El heroísmo ha sido en todo momento una manifestación superhumana del hombre, una exaltación, en muchos casos hasta la muerte, en la que con pérdida o atrofia temporal de instintos tan fundamentales como los de conservación, llega al desprecio de su propio ser, vencido por aquellos ideales que le impulsan. Por eso los clásicos vieron en el héroe como un ente arcangélico, ni hombre ni sobrenatural, que ofrecía voluntario su destino, siendo víctima entre el porvenir del pueblo y su propio azar.

En aquellas campañas que España sostuvo dentro y fuera de sus fronteras durante el primer cuarto del siglo pasado, Mariano Ricafort fue uno de los hombres que simbolizaron la supervaloración que excepcionalmente se encuentra en el auténtico heroísmo. Para darnos una idea de su personalidad política y militar, nos bastará decir que, después de una campaña muy copiosa en méritos a lo largo de la independencia, voluntariamente se ofreció al general Morillo para la expedición a Ultramar, siendo el primer jefe que con dos tercios de sus tropas y la totalidad de sus oficiales se aprestó a la llamada, además de cumplir la real orden que le fue entregada para reclutar voluntarios en tierras extremeñas. Ricafort fue quien, a la cabeza de sus hombres, se lanzó con arrojo sobre la isla Margarita y el que en la expedición expuso su vida en el incendio del navío «San Pedro de Alcántara» frente a la isla de Coche, siendo el primero que, con un capellán en una lancha, se lanzó al mar para socorrer a los naufragos. Por esta acción Fernando VII le nombró segundo comandante de la 4.^a División, destinada en el Perú, «para que en todo tiempo la mandase en defecto del primero, aunque fuese en concurrencia de otros jefes más antiguos»²⁶.

26. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.



Huesca.—Casa natal de Mariano Ricafort

Era doloroso en el alma para España tener que luchar contra el criollismo de los españoles y contra el mestizaje indígena, fruto positivo que sobre igual área de raza había cobrado una armonía y fuerza singular. Los insurrectos eran hombres de talla varonil, cabeza bajo la gran ala del sombrero campero, la barba que se asomaba negra hacía recordar las barbas de los españoles del siglo XVI, dando carácter a una misma estampa física. Los pueblos, con su arquitectura, eran los de las tierras españolas sobre los miles de kilómetros cuadrados convertidos en extenso campo de batalla, en los que las torres gemelas de las iglesias, doradas y barrocas, eran el alma y embriaguez de una contienda dura y áspera impulsada por los más poderosos sentimentalismos. Ambos ejércitos constituían un singular tipo humano en el que sus fuerzas aparentaban una misma forma de ser. Los dos representaban un estado perfecto de patriotismo, fuerza y lealtad, todos curtidos y fuertes; los unos, hábiles con el caballo para el floreo de la reata a lazo; los otros, piqueros aguerridos con sus garrochas lanzados a la doma de los novillos más bravos. Aquellos insurrectos eran los hombres de bronce con sombrero redondo, pantalón acachirulado con figuras de gamuza calada y botonería de plata que terminaba en la repujada rodaja tintineante de la espuela. Frente a ellos culminaban también los tipos coloristas de los ejércitos expedicionarios. Todos, el gesto fastuoso y simbólico de quienes se enfrentaban en una guerra civil, porque en la independencia americana unos y otros eran los herederos de los conquistadores españoles con toda la originalidad suya con que hicieron canción popular aquella épica y romántica lucha.

Durante todo el año 1808, la tendencia de Lima había sido la de coronar rey al virrey Fernando de Abascal, marqués de la Concordia, éste probablemente vaciló en su lealtad a Fernando VII, pero ésta triunfó al fin. Fue después el anciano virrey quien, atendiendo las dotes de Ricafort, le nombró presidente de la Real Audiencia del Cuzco, y en posesión de este cargo, habiendo dejado el mando del ejército del alto Perú el segundo mariscal de campo Miguel Tacón por posesionarse del virreinato, Ricafort fue promovido a brigadier en 29 de julio de 1816²⁷.

El Perú pasó a ser el centro del poder español y el baluarte de la resistencia en el resto de nuestras colonias americanas, llegando a suplir a la madre Patria cuando a ésta le era imposible llegar a todos sus territorios de Ultramar. Mariano Ricafort recibió comisiones del virrey Pezuela para arreglar la situación de la provincia de Puno y LaPaz; aquí hizo acopio de subsistencias que envió a los ejércitos de operaciones y armó expedi-

27. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fol. 6.

ciones con las que dio batalla a las partidas del caudillo rebelde Liza, hasta que consiguió desarticularlas y dejarlas fuera de combate. Con sus hombres retrocedió desde Mayo para atacar y poner en fuga a la división enemiga de Lamadrid, que estaba situada a retaguardia de su ejército ²⁸.

Combatió a varios cabecillas que frente a él tomaron posiciones en Tupiza e inmediaciones; en aquel momento fue promovido a segundo general del Ejército y con una división de mil hombres pasó a la provincia de Tarija, que logró tranquilizar después de causar al enemigo doscientas bajas entre muertos, heridos y prisioneros, contándose entre ellos algunos jefes insurrectos ²⁹.

El Perú permanecía tranquilo aparentemente, y a pesar de los desastres de Chile, el virrey Pezuela podía disponer de unos 25.000 hombres, aunque una discordancia minaba al Ejército, era el virus de la propia metrópoli que comenzaba a extenderse hasta el propio virreinato. El general Pezuela y los brigadieres Ricafort y Olañeta eran absolutistas, pero frente a ellos estaba la facción liberal formada por el mariscal de campo José de la Serna, el teniente coronel Jerónimo Valdés, Seoane y Ferraz.

Mientras, San Martín se preparaba para ejecutar la empresa que a su juicio era necesaria para la liberación de América: era preciso caer sobre Lima para dar el último golpe al poder español. Salió su expedición del puerto de Valparaíso el 20 de agosto de 1820, desembarcaron el 15 de septiembre y a los tres días ocupaban el puerto de Pasco. El plan de campaña le fue enviado por Riva-Agüero, peruano que mantenía contacto con los jefes de guerrilla y que contribuyó a la destrucción de la división Ricafort cuando éste resultó gravemente herido. La expedición de San Martín no iba en contra de los españoles, sino contra las formas de gobierno seguidas por España en América ³⁰.

Pezuela quiso tratar con San Martín, para lo cual le envió un emisario; la conferencia celebrada en Miraflores no dio resultado. Pezuela no podía acceder al reconocimiento de la independencia. En vista de ello, San Martín enviaba sus fuerzas hacia el Sur y entre tanto él se trasladaba al puerto de Aucón. El Norte del Perú era ya de los independientes; en el camino del Pasco era destruída la división realista de O'Reilly; Pezuela, con un ejército falto de moral, no quiso arriesgar la suerte del Perú, y el ambiente de insubordinación al fin explotó contra el virrey. La corte de Madrid confirmaba su sucesión en el general La Serna, que había sido uno de los cómplices de aquel pronunciamiento.

28. AHM, Hoja de servicios del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

29. *Ibidem*.

30. CARLOS A. ALDAO, *El general San Martín en el Perú*, Buenos Aires, 1927.

Los realistas ya no podían sostenerse en Lima y entonces La Serna tomó una resolución: abandonar la capital y retirarse con sus fuerzas al interior del país. Aquella decisión del virrey aún prolongó durante cuatro años más el dominio nominal español en el Perú.

San Martín, que había adoptado como símbolo la celestial imagen de la Virgen del Carmen sobre las franjas azules y blanca de su bandera, entraba triunfal en Lima el día 12 de julio de 1821. A su hidalguía fueron entregados mil enfermos que no pudieron abandonar la ciudad. El Perú le debe su himno y su bandera. La terminación de aquella campaña se aproximaba y batalla decisiva entre todas las de la independencia americana fue la que se libró en Ayacucho el 9 de diciembre de 1824, entre los 5.700 hombres de Sucre y los 9.300 del virrey La Serna. Los realistas aún resistieron en el Callao y las Chiloes, hasta que una capitulación honrosa acabó con la resistencia el 22 de enero de 1826 ³¹.

Mariano Ricafort Palacín regresó a España antes de finalizar aquellas campañas; con anterioridad a su repatriación pasó al Brasil; allí, desde Río de Janeiro, en 21 de noviembre de 1821, pidió auxilios para poder regresar. Su cuerpo, cosido de cicatrices, era el testimonio de aquella vida de lucha y de servicio constante, en la que su heroico valor, su modestia sincera y su sacrificio insuperable fueron virtudes admirables con que honró a toda una estirpe. Sus fracturas en la pierna derecha por bala de fusil y las nueve heridas restantes, tres de ellas en la cabeza por golpe de sable, fueron el exponente brillante y honroso de aquellos laureles que día a día, a costa de su total entrega, iban coronando de gloria su ya ilustre figura.

Por real orden de 25 de marzo de 1824 y en atención a los méritos y servicios prestados en España y en las campañas de América, el brigadier Mariano Ricafort Palacín fue nombrado comisionado especial de policía de Aranjuez durante la permanencia de los reyes e infantes en aquel Real Sitio ³².

CAPITÁN GENERAL DE LAS ISLAS FILIPINAS

Dentro del período comprendido en los cuatro primeros meses del año 1825, Mariano Ricafort fue promovido al empleo de mariscal de campo y nombrado capitán general de las islas Filipinas ³³.

31. JUAN AZADÚN, *El general San Martín*, Madrid, 1911.

32. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fol. 8.

33. *Ibidem*, fol. 9.

En el momento de serle entregado el mando de aquel archipiélago, Ricafort se hallaba con una herida abierta, recuerdo supurante de las que recibió en la guerra colonial. Todo su anhelo desde su nombramiento quedaba centrado en emprender la partida cuanto antes, ya que su presencia en aquellas tierras se hacía muy necesaria, puesto que en Filipinas comenzaba a ser de opinión el régimen constitucional con la apariencia de no admitir a cualquier autoridad que llegase de la península.

Varias fueron las observaciones médicas que se le hicieron antes de su partida, haciéndole ver que el clima ecuatorial de aquella zona refluiría sus padecimientos consiguientes a las cicatrices y a la herida abierta que continuaba en latente supuración. Al fin, salió de Madrid para Cádiz, donde a los pocos días de su llegada, ya en preparativos para embarcar, sufrió una recaída dolorosa que le hizo estar postrado y en la que el monarca estuvo muy interesado, hasta el punto que semanalmente había que darle parte de su estado en tanto se halló nuevamente mejorado.

El día 22 de abril de 1825, a pesar de no estar restablecido totalmente, elevaba sus velas la fragata «Victoria», haciéndose a la mar. Sus oídos comenzaron a llenarse de voces marineras y sus ojos del infinito azul de las olas, mientras, detrás, quedaba la ciudad blanca al sol sobre un mar de espumas destacada en el paisaje gris, ocre, malva, que se perdía en la redondez del hemisferio.

Durante la travesía, sus padecimientos no se vieron aplacados; los soportó con valor ejemplar y aún tuvo fuerza suficiente para acudir a la instrucción de jóvenes «con el esmero y cuidado que resulta al diario de la navegación publicado en Manila»³⁴.

Déspués de descender por las costas africanas, doblar el cabo de Buena Esperanza, atravesar el océano Indico y surcar el mar meridional de la China, la «Victoria», con los honores de rigor y entre las salvas de ordenanza, traía a Manila al nuevo capitán general el 14 de octubre de 1825. A bordo venía un viajero por países distintos que en su vida llevaba encerrado el embrujo y la atracción imponderable de estar siempre en constante afán y predispuesto a salir a donde quiera que la Patria precisara de su hidalguía y subordinación. Frente a él se extendía, bellísima, la isla de Luzón, con sus colores típicos y naturales, con la capital pedazo de España y sus poblados blancos con la torre de la «misión», extendidos desde el mar hasta los montes, que cubiertos de espesura son su ramaje y su flora y el albor que provoca el sol, lo quiebra, lo vence y lo exalta.

34. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fol. 10.

Nuestras posesiones de Oceanía no sufrían, como las Antillas, del peligro de la guerra emancipadora. Aquellas islas estaban muy distantes de los lugares de lucha y escasamente hubo algún chispazo que habría de producir repercusiones de escasa entidad. Durante la guerra de la Independencia española el único suceso notorio fue el apresamiento de una goleta de pabellón francés que atacó a Batangas. Por entonces gobernaba el archipiélago González de Aguilar, en cuyo tiempo fray Julián Bermejo, párroco de Cebú, venció a los moros de Joló (1812). Suceden en el mandato José de Gardoquí, Fernández de Folgueras y Juan Antonio Martínez, que durante su gobierno hubo de reprimir una sedición que pudo alcanzar graves complicaciones. Los oficiales americanos sustituidos por peninsulares fraguan una conspiración para apoderarse de Manila; en la madrugada del 3 de julio de 1823, los sublevados asesinan al brigadier Fernández de Folgueras, y el capitán general Juan Antonio Martínez, con todo valor, venció a los insurrectos, a los que castigó con la máxima severidad, entre ellos al capitán Novales, el primer cabecilla.

Comenzaron a surgir varios partidos, que desconfiados unos de otros, llegaron incluso a tomar las armas, siendo este mal uno de los principales problemas con los que se tuvo que enfrentar el capitán general Ricafort Palacín, para lo que tuvo que dictar prudentes y conciliadoras disposiciones, con las que logró restablecer la tranquilidad y la calma.

Al posesionarse de la capitanía general de Manila tributó honores y celebró festejos ante un retrato de Fernando VII que consigo trajo de España. Aquellos actos tuvieron lugar con la satisfacción general de aquellos vasallos, que vieron con confianza el Gobierno de su soberano con pleno ejercicio de sus atribuciones. Además, el celo y sabiduría de Ricafort estuvieron siempre en buena disposición para el mejor servicio y buen cumplimiento de su mando. Su habilidad hizo descubrir una conjura que se llamó «Conspiración de los Palmeros», como así se llamaban sus instigadores los hermanos Vicente y Miguel Palmero, próximos parientes de un prestigioso español apellidado Azcárraga ³⁵.

El capitán general Ricafort siguió las conquistas y exploraciones de los antiguos navegantes españoles; arriesgado expedicionario por las rutas del mar, con sus tropas se dirigió a la isla de Bohol, donde en nombre del rey de España tomó posesión, izando nuestra bandera.

Pero todos sus desvelos y la fatiga de su trabajo llegaron a quebrantar su salud, por lo que solicitó de Fernando VII el relevo el 26 de febrero

35. JOSÉ MONTERO VIDAL, *Historia general de Filipinas*, Madrid, 1895.

de 1829, siéndole permitido entregar el gobierno de aquellas islas a su segundo cabo, el mariscal de campo Pascual Enrile, persona de talento reconocido, de altos conocimientos y de mayor antigüedad que la suya, ya que a sus órdenes luchó en la expedición de Pablo Morillo. Al mismo tiempo solicitaba ser autorizado para conservar el mando hasta el momento de su embarque y que le fuera proporcionado un recurso para cubrir los atrasos pendientes de percibir, mal muy corriente en la administración pública de aquellos tiempos.

El 23 de diciembre de 1830 terminaba el gobierno de Ricafort en Manila y se hacía cargo de la capitanía general su sucesor Pascual Enrile³⁶.

SU REGRESO A ESPAÑA

El Consejo de Ministros de 4 de julio de 1829, previo dictamen del Consejo anterior, admitió la dimisión de Mariano Ricafort del mando de la capitanía general de Filipinas y al mismo tiempo le nombró vocal del Consejo de Indias para cubrir una de las dos plazas destinadas a los generales que sirvieran en Ultramar. A la sazón no había vacante libre de las correspondientes al ramo de Guerra, por lo que se dispuso que pasara a una de las destinadas en el mismo Supremo Tribunal a los intendentes, cuyo nombramiento le fue otorgado por el Ministerio de Hacienda, que era a quien correspondía la provisión³⁷.

En la primavera de aquel año moría la reina Amalia, y la falta de sucesión hicieron nuevos deseos de matrimonio en la persona del monarca. Su elección recayó en María Cristina, hija del rey de Nápoles. El regreso de Mariano Ricafort a España coincide con las conspiraciones liberales apoyadas por Luis Felipe de Orleáns, a quien Fernando VII se opuso a reconocer como soberano del trono de Francia; aquellas facciones liberales eran capitaneadas por el guerrillero Mina y el general Torrijos, antiguo cortesano y valeroso militar.

Ricafort, que había solicitado la capitanía general de Mallorca, Canarias o alguna otra que estuviese vacante y en otro caso licencia para descansar en cualquier otro punto, en el año 1831 ascendía a teniente general del Ejército³⁸.

36. AHM, Docts. del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fols. 11 al 14.

37. *Ibidem*, fols. 15 al 19.

38. *Ibidem*.

CAPITÁN GENERAL DE CUBA

El nacimiento de la infanta María Luisa el 30 de enero de 1832, había puesto en franco descontento a los partidarios de don Carlos. El rey, con sus padecimientos de gota, se hallaba al borde del sepulcro y la reina María Cristina llegó a saber que el reino se iba a pronunciar en favor de don Carlos, quien disponía de 200.000 realistas que le deseaban como rey. Entonces, al frente del gobierno de Cuba se hallaba el general Vives, quien durante su época tuvo que hacer una larga serie de soluciones para resolver un agitado período lleno de contingencias.

Al comienzo de la guerra de la Independencia española gobernaba aquella isla el marqués de Semeruelos, que tuvo que expulsar a 6.000 franceses y sofocar varios tumultos de la población frente a otros franceses que se naturalizaron para no salir. En el año 1812 gobernó Ruiz de Apodaca, quien tuvo que luchar contra los corsarios franceses, sucediendo después Cienfuegos, Jovellanos, Cagigal, Echeverri, Mahy, Kindelán, interinamente, y Vives ³⁹.

El teniente general Mariano Ricafort Palacín sucedió en la capitanía general de la Gran Antilla a Francisco Dionisio Vives. Cuando las vigilancias del Morro y de la fortaleza de la Cabaña en Casa Blanca de la Habana dieron vista a la fragata que en 15 de mayo de 1832 traía al nuevo capitán general de aquella isla, ésta ya había sentido los primeros conatos de independencia. Sobre su verde maravilla, donde los palmerales suben hasta las crestas agitando sus pencas movidas por el blando empuje de la brisa, fue precursor de los primeros gritos subversivos el cubano José Alvarez de Toledo, ex oficial de la marina española y representante de Santo Domingo en las cortes de Cádiz.

La «manigua» ocultaba en sus entrañas a los hombres que, alentados por Bolívar, ansiaban constituir una república libre que habría de llamarse «cubanacán», en tanto que el gobierno de los Estados Unidos seguía de cerca la política cubana. Además, Ricafort tuvo que luchar frente a las perturbaciones ocasionadas por la amnistía peninsular aplicada a Cuba ⁴⁰.

En los comienzos de 1833, el cólera morbo hizo terribles estragos y la vida de la isla estuvo casi paralizada durante algún tiempo, en el que su capitán general tuvo que multiplicarse resolviendo los mil problemas económicos y de orden sanitario que trajo consigo aquella espantosa epidemia de la que solamente en La Habana fallecieron 8.315 personas.

39. JOSÉ GUIERAS, *Historia de la isla de Cuba*, La Habana, 1928.

40. C. PARRA PÉREZ, *Bolívar: Contribución al estudio de sus ideas políticas*, París, 1928.

Durante su permanencia en la capitanía general de Cuba fallecía Fernando VII. El día 29 de septiembre de 1833 sorprendió la muerte al rey de España tras una penosa enfermedad que desde hacía meses minaba su cuerpo. Con anterioridad, el 20 de junio, las Cortes se habían reunido en la iglesia madrileña de San Jerónimo el Real para jurar a la infanta Isabel princesa de Asturias, acto que fue celebrado solemnemente, pero bajo la protesta de don Carlos. En los inicios del año 1834 comenzaba el ministerio de Martínez de la Rosa, siendo sus principales trayectorias afrontar las diversas situaciones dentro de los aspectos político, militar, económico y diplomático. Durante su gobierno, por orden de 7 de marzo de 1834, Mariano Ricafort fue relevado de la capitanía general de Cuba, sucediéndole el teniente general Miguel Tacón, que también había servido en la campaña del Perú y en el gobierno de Popayán ⁴¹.

ALGUNOS SUCESOS DE SU VIDA

Ricafort, con su salud quebrantada, pasó desde Cuba a Burdeos, en donde se hizo ver por un médico afamado. Desde dicha capital francesa, en 2 de diciembre de 1834 dirigió un escrito a la reina gobernadora, a la que comunicaba haber enfermado su esposa en Francia y haber traído a su hijo muy delicado desde La Habana, por lo cual era su deseo la concesión de licencia temporal para trasladarse a la villa de Oliva en Extremadura, «sin detenerse en la Corte más tiempo que el necesario para ser recibido por S. M., besar su mano y la de su hija Isabel II» ⁴².

Los primeros tiempos del carlismo comenzaron a ocasionar serios disgustos en el gabinete de Martínez de la Rosa. La dimisión del ministro de la Guerra trajo a Llander al frente de esta cartera; Llander era un hombre movido y dominante, que apoyado por la regente deseaba la intervención extranjera para dar fin a la guerra carlista. El teniente general Ricafort, adicto a la reina María Cristina, diez días después de la sublevación del Regimiento de Aragón en Madrid, el día 29 de enero de 1835, solicitaba cuartel en la Corte, sin perjuicio de la real licencia que tenía concedida para Extremadura y extensiva a su vez para el reino de Valencia, a donde deseaba trasladarse para liquidar algunas deudas a unos parientes residentes en aquella región ⁴³.

41. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fols. 20-21.

42. *Ibidem*.

43. *Ibidem*.

El partido moderado, entretanto, laboraba a la sombra. Los jovellistas ganan a su causa a los oficiales de la guardia real que militaban a las órdenes de Espartero. Estamos en el año 1837, cuando Mariano Ricafort, por orden de la regente, se traslada a La Coruña para hacerse cargo de la capitanía general de Galicia, su mando coincide con los pronunciamientos de Pozuelo y Aravaca. Al general Espartero le fueron ofrecidas la presidencia y la cartera de Guerra, que negóse a aceptar. Subió al poder un nuevo ministerio progresista presidido por Eusebio Bardají y Azara, nacido en Graus el mismo año que Ricafort nacía en Huesca (1776), viejo político y diplomático, sobrino de Nicolás de Azara y que había estudiado leyes en Zaragoza y en el colegio español de San Clemente, de Bolonia. Había ocupado, al terminar la carrera, la secretaría de la Legación de España en Bolonia; en París, bajo la dirección del cardenal Lorenzana, prestó varios servicios a Pío VII, detenido entonces en Fontainebleau; ocupó un asiento en las Cortes de Cádiz, de las que fue primer secretario; fue ministro interino de la Guerra y enviado extraordinario para pactar con Rusia contra Napoleón ⁴⁴. Restablecido Fernando VII, representó a España en Turín; fue ministro de Estado y figuró en el Estamento de Próceres creado por el Estatuto Real de Martínez de la Rosa. Tanto Bardají y Azara como Ricafort Palacín fueron dos hombres de su época, unidos por una antigua amistad y muy ligados a la política realista de los cristinos.

Por real orden de 18 de enero de 1838, Mariano Ricafort recibió pasaporte con el relevo de la capitanía general de Galicia. En el mismo se le autorizaba para regresar de La Coruña a Madrid pasando por Portugal y detenerse en Extremadura, donde pensaba visitar sus propiedades. Durante su permanencia en Galicia, donde comprometió su firma para proporcionar recursos para la tropa, la guerra de los carlistas había languidecido en aquella región al igual que en Asturias, ambas Castillas y Extremadura.

Después de su destino en Galicia por real orden de 30 de julio de 1838, pasó nuevamente de cuartel a Madrid, donde se le comunicó que sus pagas, desde que cesó en el mando de aquella capitanía general, le serían abonables por la pagaduría militar de La Coruña.

Por orden de igual fecha que la anterior, se le concedió licencia por cuatro meses para trasladarse a los baños de Alange en Extremadura y a la vez arreglar sus intereses en Oliva. Estando de cuartel en Madrid,

44. JERÓNIMO BÉCKER, *Acción de la diplomacia española durante la guerra de la Independencia (1899-14)*, Zaragoza, 1910.

el 16 de enero de 1840 solicitó nuevo destino para Cuba, Puerto Rico o Filipinas, manifestando que habiendo permanecido dieciocho años en América, Asia y las Antillas, aquellos climas no habrían de perjudicar a su quebrantada salud, agregando la utilidad que podría prestar a la autoridad del monarca en el destino que se le señalase, «sin que ofreciera reparo la cualidad de tener menos graduación al que mandase el punto». Exponía, a su vez, los perjuicios que se le irrogaron con el relevo de la capitanía general de Cuba, donde a los dos años que la sirvió llegó a empeñarse para representarla con decoro; las pérdidas que se le ocasionaron en el Perú, de donde a los nueve años de servicio fue trasladado a la península maltrecho por las heridas y enfermedades, y por último se refería a los crecidos gastos ocasionados al socorrer a las víctimas del cólera que se declaró al año de su llegada a Cuba. Además, Ricafort solicitaba dos pagas para atender a los gastos de un viaje a Huesca y Extremadura, donde tenía que ocuparse de sus intereses y reponerse de sus dolencias y poca salud. En el año 1840 volvía a los baños de Alange, y en mayo del mismo año, nuevamente emprendió viaje a Burdeos para hacerse ver por los facultativos que a su regreso de Cuba le trataron sus heridas ⁴⁵.

Entre tanto, Espartero apagaba con suerte las últimas brasas del carlismo en la guerra civil. Su más temible adversario, Cabrera, después de la pérdida de Morella, pasó a Cataluña para unirse a las fuerzas de Segarra, siendo Berga su último reducto. En marzo del mismo año, Mariano Ricafort solicitaba ser consejero con real despacho y que se le destinara al Tribunal de Guerra y Marina, exponiendo que cuando fue relevado de Cuba en 1834, «S. M. estando muy satisfecho por sus servicios, por real orden de 7 de marzo de 1834 le ordenó regresara a la península para ocupar plaza de ministro en el Supremo de Indias, pero que no tuvo efecto por haberse disuelto aquel Consejo y ser nombrado seguidamente capitán general de Galicia».

SUS ÚLTIMOS AÑOS Y SU MUERTE

Aún no terminada la guerra civil, una nueva revolución estaba en sus comienzos; el general Van Halen, capitán general de Cataluña, expuso a la reina regente que si no cambiaba de ministerio estallarían la revolución. Espartero, por carta, manifestaba a Cristina su parecer opuesto a la san-

45. AHM, Docts. del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fols. 25 al 27.

ción de la ley de Ayuntamientos. La reina había recibido otro comunicado de Diego de León ofreciéndole su espada y la de varios generales más para defender su autoridad. El nuevo gabinete presidido por Cortázar produjo el estallido revolucionario que ya se caldeaba en Madrid; Cristina, el 12 de octubre, abdicaba por «razones de salud» y dispuso fuera el poeta Quintana, ayo de Isabel y la infanta Luisa Fernanda, quien se encargara de formar Gobierno. Con la regencia de Espartero se apagó el levantamiento, y desde Marsella, la ex reina gobernadora lanzaba un manifiesto en el que daba a conocer las razones políticas de su abdicación. Entonces, la regencia, en nombre de Isabel II, el 22 de noviembre de 1840 nombraba a Ricafort Palacín ministro del Tribunal Supremo de Guerra y Marina y, posteriormente, el 1 de diciembre del mismo año, comandante general del archipiélago de Canarias ⁴⁶.

Había comenzado la regencia de Espartero el 10 de mayo de 1841, y formado nuevo ministerio, en el que Evaristo San Miguel se hizo cargo del ramo de Guerra, cuando Mariano Ricafort fue nombrado capitán general de Andalucía. En aquellos días, María Cristina, después de su viaje a Italia, estableció su palaciega mansión en la calle Courcelles de París, desde donde protestó enérgicamente contra la tutela de Isabel II, fundándose en la violación de la cláusula del testamento de Fernando VII por la que se le reconocía como única y exclusiva tutora de sus hijas.

La misión militar que encabezaba Diego de León comenzó su levantamiento en Pamplona, frente a la posición del Gobierno; en Zaragoza, el general Borso di Carminati salió con los batallones de la guardia real para secundar el movimiento iniciado en Navarra por O'Donell; el movimiento fracasó y las represiones fueron sangrientas. El general Borso di Carminati fue fusilado en Zaragoza después de un breve proceso y el teniente general Diego de León también fue pasado por las armas en la Puerta de Toledo de Madrid tras otro consejo sumarísimo. Después de estos sucesos, el teniente general Ricafort Palacín fue nombrado capitán general de Aragón el 10 de noviembre de 1841 ⁴⁷.

Por encargo del general Espartero se hizo cargo del Gobierno el general Rodil, quien nombró al altoaragonés Torres-Solanot ministro de la Gobernación; Ricafort continuaba al mando de la capitanía general de Zaragoza, desde donde solicitó licencia al general Rodil, que le fue concedida por real orden de 17 de agosto de 1842, para trasladarse a los

46. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

47. FERNANDO GARRIDO, *Espartero y la revolución*, Madrid, 1854.

baños de Fitero (Navarra) a fin de reponerse y descansar durante algunos días de aquel verano. Después de su toma de aguas en Fitero regresó a Zaragoza, haciéndose cargo nuevamente del despacho de la capitania general de Aragón, donde mantuvo con acierto su autoridad en tanto que en Cataluña estallaba la revolución promovida por José María Garsy, redactor del periódico «El Republicano», y Espartero bombardeaba Barcelona desde Montjuich el 3 de diciembre de 1842 ⁴⁸.

Restablecida la tranquilidad, el 7 de diciembre de aquel año Ricafort obtuvo licencia para trasladarse a Madrid por un mes, donde pasó las Navidades y siguió el tratamiento curativo de su salud. En Zaragoza aún continuó hasta el 24 de marzo de 1843, en que por decreto de la regencia fue nombrado capitán general del 9.º Distrito Militar (Extremadura), de cuyo mandato reemplazó al teniente general Manuel Lorenzo ⁴⁹.

Estando al frente del 9.º Distrito Militar se desarrolló la conjuración contra Espartero que encabezaban los generales Narváez, Concha y Serrano. Los esparteristas habían perdido posiciones en Madrid; estas alarmantes noticias las recibe el regente en Andalucía, donde se encuentra. Cunde la desertión de sus tropas y con sólo su escolta embarca en Puerto de Santa María para Lisboa, de donde a bordo del navío británico «Prometheo» salió rumbo a Londres, no sin haber formulado antes una protesta contra los sublevados (30 de julio de 1843). Al mes siguiente de la salida del general Espartero de España, el teniente general Ricafort Palacín cesaba en la capitania general de Extremadura y le era concedido cuartel en Madrid por orden de 19 de agosto ⁵⁰.

Mariano Ricafort contaba la edad de sesenta y siete años cuando pasó de cuartel a Madrid en agosto del año 1843. Nos hallamos ya en la última época de la vida del glorioso soldado, y aunque fueron días de sereno y merecido descanso no dejaron de estar salpicados de amargura por el dolor en su carne desgarrada. A su llegada a Madrid aún pudo presenciar los debates que se llevaban a cabo para la mayoría de edad de la reina, y que a pesar de la nueva infracción constitucional, el 8 de noviembre, reunidos los dos cuerpos colegisladores, fue votada su mayoría de edad. Entonces, la pequeña Isabel II contaba poco más de trece años.

El día 4 de abril de 1844 entraba en Madrid su madre, la reina Cristina, y Narváez se hacía cargo de la cartera de Guerra. Ricafort cumplimentó a la reina madre y seguidamente, el 5 de julio, solicitó cuatro

48. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

49. FERNANDO GARRIDO, *op. cit.*

50. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

meses de licencia para volver a tomar los baños de Alange (Badajoz), hoy famosas aguas acratotermas radiactivas para el tratamiento de afecciones nerviosas, mentales y ginecopatías. Desde Alange se trasladó a Oliva ⁵¹.

Ricafort continuó con residencia en la Corte, cada día más aquejado por sus dolores y la enfermedad que le minaba. Aquellos días coincidían con las conspiraciones progresistas, sus víctimas y las intentonas que desde Francia eran dirigidas por el general Ruiz tratando de invadir España. También por entonces comenzó a ser asunto internacional la boda de la reina, cuya elección fue resuelta con la victoria del candidato Francisco de Asís y se terminaba el pleito dinástico con su matrimonio.

El día 10 de octubre de 1846, en la capilla de Palacio, se celebraban los reales desposorios de la reina y de su hermana la infanta Luisa Fernanda, ésta con el duque de Montpensier. El día 11 velaban los recién casados en la iglesia de Atocha; y cuando en los días siguientes la villa continuaba en festejos, espectáculos, ceremonias y recepciones palatinas, Mariano Ricafort, entre sus hijas Mariana y Asunción, yacía en el lecho del dolor. Bajo las apariencias de esta derrota de la muerte ya no era el hombre que soñaba como los héroes, únicamente sólo en él se contemplaba la figura vestida de ese luminoso resplandor de las ideas inmortales que son: el valor, la independencia, la gloria.

El día 16 de octubre de 1846, el oscense Mariano Ricafort Palacín dejaba de existir. A la mañana siguiente, en un día de otoño amanecido entoldado y destilante sobre el taraceado de los techos de Madrid, el capitán general de Castilla la Nueva daba conocimiento oficial del fallecimiento ocurrido en el día anterior del teniente general Ricafort Palacín que se hallaba de cuartel en la Corte. En aquel día parecía como si todos los efluvios de cirio y de muerte se hubieran condensado en las alturas y la calma de las horas matutinas estuvieran devolviendo un sentido de la realidad evadido al mundo del terror y de la tristeza.

Realmente era el momento de consagración del héroe, su cuerpo inerte adquiría la categoría de ofrenda ante ese otro símbolo de la Patria que encarna la inmortalidad. Sobre su cuerpo cruzaba una banda cuyas barras eran los tintes del heroísmo y de la independencia, y a sus pies la bandera que representa otra unidad que tampoco muere, sino que se engrandece cuando, como en las gestas heroicas en que Ricafort luchó, se identifica con su pueblo. En verdad, allí estaba presente la soberbia lección que dieron *in eternum* los guerreros civiles y los soldados de la independencia y de las luchas que sucedieron a aquella contienda.

51. AHM, Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín.

CONSIDERACIONES FINALES

No es fácil encontrar en la literatura militar y política española del siglo pasado una figura como la de Mariano Ricafort, donde se diera, de tal manera hermanados, la sencillez y el rigor con el sacrificio y la virtud, porque verdadera ciencia moral es la que él supo llevar a cabo en la totalidad de sus actos, siendo vehículo en el que su constante servicio llevóle a alcanzar la medida ponderada de la madurez y la certeza en el obrar durante cualquiera de sus mandos y funciones.

Un hecho circunstancial nos ha puesto en el camino de la investigación de este ilustre militar. Al tratar de desentrañar las hojas de servicios de los valerosos altoaragoneses que generosa y voluntariamente se esforzaron en la defensa de la Patria durante la guerra de la Independencia española, nos dirigimos al Servicio Histórico Militar, dependiente del Estado Mayor Central del Ejército, allí, en el caserón que se alza junto al lugar donde en el siglo XVIII se asentaba el Seminario de Nobles de Madrid, en el negociado de Hojas de Servicio de aquel centro, llegó a nuestras manos un legajo de documentos, envejecidos por el tiempo, que gentilmente remitidos por el Archivo Histórico Militar de Segovia correspondían al teniente general Ricafort. El legajo contiene una Hoja de servicios de la época que el biografiado desempeñaba el mando de brigadier coronel del Regimiento de Infantería de Línea Imperial Alejandro, hoy Infantería Luchana, expedicionario en el alto Perú y una serie de documentos foliados y manuscritos e inéditos, verdadero testimonio de esta aleccionadora verdad. También hemos podido examinar de entre los papeles de la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino y del Consejo de Regencia durante la guerra de la Independencia, en el Archivo Histórico Nacional, el legajo 41, letra E, números 208-209, que se refieren a la partida de Ricafort en Extremadura.

Mariano Ricafort, después de su infancia, pocas veces volvió a su tierra natal de Huesca; su vida, en activo constante, apenas le dejó tiempo bastante para emprender los caminos del Altoaragón a no ser cuando en los últimos años de servicio se encontraba al mando de la capitania general de Zaragoza. Desde su nacimiento hasta su muerte en el año 1846, ¿qué habría ocurrido por estas tierras? Algo era su evolución. Acababa de desaparecer su Universidad, clausurada en el año anterior; la Sede oscense estaba vacante por fallecimiento del obispo Lorenzo Ramo en 1845; aquel mismo año empezaron a ser enterrados los primeros oscen-

ses en el cementerio del camino a Zaragoza y nació en Monzón el sociólogo Joaquín Costa, primer apóstol de la política canalista. Pero aquí quedaba su casa cuadrada de redondo portalón, sobre el que se inscrusta la piedra armera con la torre mural circundada de granadas de los Ricafort.

Al examinar lo más fundamental de aquella vida en la documentación conservada entre los fondos del Archivo Histórico Militar de Segovia y del Archivo Histórico Nacional de Madrid, pronto nos dimos cuenta de que aquéllos, además de contestarnos al interrogante de las campañas contra Napoleón, eran punto de partida de senderos nuevos, precisos, de alta y profunda valoración para investigar un dilatadísimo campo de la vida abnegada y siempre dispuesta al mejor servicio de la Patria de un hombre de estas tierras duras y fuertes que, como muchos de sus hijos, se halla casi olvidado por quienes obligadamente deben rescatar de lo ignorado y oculto.

Su figura sugiere desde que recibe el bautismo de fuego en las acciones del Rosellón; la campaña de 1801 contra Portugal o «guerra de las Naranjas» y su participación como subteniente primero; en 1808 defendiendo el honor de las armas españolas en la memorable jornada del 2 de mayo para quedar sobradamente respaldado junto a sus compañeros de la guarnición de Madrid, siendo teniente; y posteriormente, en la defensa de unas banderas tenazmente llevadas, limpias de deshonor, no doblegadas por la derrota.

Forzosamente tuvo que resistir la impresión de desgarró, testigo en sus propias carnes, en la primera manifestación material de la hecatombe del Imperio español. Por ello, al tratarle, nos hemos limitado a la sencilla verdad, rigurosa y documentada, refiriéndonos a algunos detalles de su vida olvidados en el presente momento. En otro aspecto, hemos querido descifrar quiénes fueron sus compañeros de armas, los Cuerpos en que sirvió en la paz o en la guerra, así como los mandos superiores que supo desempeñar manteniendo el buen nombre de la madre Patria llevado consigo por esa clave de océanos y singladuras hasta tierras mimosas y coloristas, donde lo español aún mantenía el equilibrio que a trechos se extendía por las rutas anchas de los mares y por los caminos de paso angosto entre lo duro y estéril, o lo bello y salvaje de los países continentales.

Pese a sus enfermedades contraídas en aquellas lejanas tierras y a sus heridas siempre en constante supuración, su estrella continuó fulgurante en la última época de su vida, en la que pese a los acontecimientos políticos que ininterrumpidamente se sucedieron en España desde el

retorno de Fernando VII hasta el matrimonio de su hija Isabel II, siempre supo mantenerse con hábil proceder y con elevadas dotes de mando hasta que sus últimos resplandores quedaron extinguidos con la muerte.

A los setenta años moría Ricafort; su vida toda, aunque parezca leyenda, es un bello poema en prosa, donde con la dialéctica de las armas escribió un constante e ininterrumpido coloquio del hombre, que sabe luchar, con la Patria, que a su vez contempla la ternura de los que vencen o mueren como buenos hijos, pero que triunfan.

En los días de paz también ejerció el magisterio civil para quienes cerca de él le acompañaron en aquellos otros puestos que honrosamente desempeñó, pese a los azares y a los continuos vaivenes de la política e inevitables intrigas que se sucedían en las altas esferas de la vida nacional, porque su éxito radicó siempre en la tenacidad y en el amor terreno desligado de cualquier aspiración individual. En resumen, su existencia fue el mejor himno a la vida entonado desde la cuna noble de su raza hasta el día de su muerte, abundante en las mejores virtudes que puede atesorar corazón humano.

APENDICES

I

1776, 25 de febrero, Huesca

Partida de nacimiento de Ricafort.

Archivo de la Parroquia del Salvador, Huesca, t. 9 de bautizados, fol 148 v.

Al margen: Matías Mariano Benito José Ricafort y Palacín. *Dentro:* Día veinticinco de febrero de mil setecientos setenta y seis bautizó Mosén Francisco Castellón, con licencia de mí el infrascrito, Vicario de la Catedral a un niño hijo legítimo y natural de Don José Ricafort y de Doña Juana Palacín, cónyuges: púsole nombres Mathías, Mariano, Benito y Joseph: fue padrino que le tuvo Joseph Ricafort, a quien advirtió el parentesco.—Mosén Ramón Ruiz, Vicario.

II

1809, 11 de septiembre, Badajoz

Notificaciones de la acción de Torrejoncillo.

Archivo Histórico Nacional. Papeles de la Junta Central Suprema Gubernativa del Reino y del Consejo de Regencia durante la guerra de la Independencia, legajo 41, letra E, número 208.

Excmo. Sr.: Unimos a V. E. Copia del Parte que ha dirigido a esta Junta el Teniente Coronel Dn. Mariano Ricafort Comandante de las Guerrillas de Tropa en las orillas del

Tajo relatibo a la brillante acción que emprendió pasando las Barcas la madrugada del 5 del corriente trasladándose a Torrejoncillo donde acometió, mató y aprisionó todo el Destacamento Francés con eminente riesgo de su vida y la de la Tropa que le acompañaba por hallarse inmediato el Exto enemigo de cuyas manos lo libertaron sin duda sus grandes conocimientos militares afin de que se sirva V. E. elevarlo a noticia de S. M. p.^a q.^e se digne compensar estos servicios como sea de su Soverano agrado. Nuestro Señor que a V. E. m. a.—Badajoz 11 de septiembre de 1809.—Franc.^o María Presco.—Juan Diego Lacheu.—José Luciano Naranjo.—Firmados y rubricados.—Excmo. Sr. Don Martín de Garay.

III

1811, 7 de agosto, Badajoz

Solicitudes de ascenso de Ricafort.

Archivo Histórico Militar de Segovia. Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fol. 3.

El Teniente Con. Don Mariano Ricafort, Capitán primero agregado del Batallón de Tiradores de Badajoz, en 7 de agosto de 1811. Exponiendo sus servicios y méritos de guerra, habiendo sido herido, y prisionero fugado, solicita grado de Coronel y la Ayudantía Gral. de la División extremeña. Acompaña certificaciones que acreditan sus servicios particulares.—El Subinspector dice: en 8 de diciembre de 1811, que este oficial se hallaba al principio de la revolución de Teniente, y que obtuvo el empleo de Capn. y el grado de Tte. Coronel de la Junta de Extremadura: que no constan sus servicios y méritos anteriores, y que le contempla acreedor a la comandancia del batallón, que sirve interinamente, más bien que para la Ayudantía Gral. para y le propongo Dournie. El Gral. Castaños en 11 de Dcbre. de 1811 remite esta instancia contrayéndose a los informes que la acompañan, especialmente al del Subinspector.—Nota: En la formación de la Legión Extremeña solicitó Ricafort el mando del Batallón de Tiradores de Extremadura y V. A. conformándose con lo expuesto por el Gral. Castaños no tuvo a bien concedérselo. No hay empleos de Ayudantes Grales. sino en el Estado Mayor del Ejército.

IV

1812, 29 de enero, Cádiz

Propuesta de ascenso de Ricafort.

Archivo Histórico Militar de Segovia. Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín, fol. 4.

El Inspector Gral. manifiesta: en 18 enro. de 1812.—Dice: que siendo Ricafort, vizarro, decidido patriota, adornado de brillantes prendas y perfectamente instruído en la localidad de aquel pays, se está en el caso de sacar de él el mayor partido. Que siendo sus servicios los que dice el Subinspector y creyendo muy conveniente su continuación en la carrera, en la q. está atrasado halla propio de la piedad de V. A. le conceda Comandancia o agregación de tal con calidad de reemplazo, pues la Ayudantía Gral. no hay por el establecimiento en Esta or. grt.—Que el Inspector lo proponga por conducto cuando haya vacante si lo considera acreedor según su mérito y antiguo, y según lo mandado en 17 de Sept p.^o p.^o—En Cádiz a 29 de enero de 1812.

V

1817, 15 de marzo, el Perú

Servicios de Ricafort en América.

Archivo Histórico Militar de Segovia. Documentos del teniente general don Mariano Ricafort Palacín fols., 6, 7 y 8.

El Virrey interino del Perú Don Ignacio Plá Pezuela,—Representa a S. M. que al separarse del mando del Exto. del alto Perú para tomar posesión del Virreinato, dejó en clase de 2.º al Mariscal de Campo Don Miguel Tacón, mayor general que había sido de él; q. entre los oficiales de alta graduación que allí se hallaban unos destinados a sus cuerpos, y encargados otros de las provincias; de manera que una de sus mayores atenciones fue proporcionar sujeto en quien se reuniesen, circunstancias y aptitudes para desempeñar aquel laborioso cargo: Que el Coronel Dn. Mariano Ricafort se halla en el Cuzco de Presidente interino de aquella Audiencia y examinado a su paso por aquella ciudad sus disposiciones le encontró qualidades ventajosas, siendo entre otras que lo recomiendan su extraordinaria actividad y facilidad en buscar recursos de todo género, para organizar tropas, equiparlas y disciplinarlas como acaba de practicar el 2.º batallón de Extremadura que con la fuerza de 680 hombres está ya en marcha y de refuerzo para el ext.º Que en este supuesto no debió detenerse en su nombramiento, reservando para su llegada a aquella Capital concederle el grado de Brigadier como lo ha executado desde luego por consideración a que le hacía falta este requinto y juzgando que puede tenerlo ya por el Rey atentas las recomendaciones de su antecesor en favor de este benemérito Oficial. Esta exposición me la ha remitido el Ministro de la Guerra de M.; orden en la que expresa que S. M. se ha servido resolver, que aprueba el nombramiento hecho en Ricafort para Mayor General y que se repita a la Cámara de Guerra lo necesario a fin que forme la consulta sobre el ascenso a Brigadier.—Nota: Incluyo los antecedentes que existen en la secretaría de mi cargo, con los extractos formados en la de Guerra en los que se encuentran las apreciadas recomendaciones del Virrey Marqués de la Concordia y del Capitán General de las provincias de Venezuela Don Pablo Morillo a favor de este benemérito Oficial, con los acuerdos correspondientes, uno de 5 de agosto de 1815 que dice: Dígase a Morillo a qué gracias le juzga acreedor. Otro de 29 de abril de 1816 que dice: Que S. M. tendrá presente su mérito; y otro de 11 de septiembre de 1816 expresando que en quanto a la solicitud de Ricafort pase a la Cámara de Guerra y respecto a lo del Capellán (la misma recomendación abrazada a un Capellán que en compañía del suplicante se arrojó al Navío S. Pedro de Alcántara en el momento de estar ardiendo a salvar la tripulación) a Gracia y Justicia.—Los dos últimas exposiciones me las remitió el Ministro de la Guerra de M. orden de 22 de septiembre último y fueron examinadas en la comisión de la Cámara encargadas de proponer los coroneles para ascenso a Brigadieres.—Cámara de Guerra a 21 de febrero de 1817.—Que la Cámara considera debe aprobarse el ascenso a Brigadr. concedido al Coronel Ricafort; pero que halla conveniente que por separado y en Rl. Ordn. reservada se le encargue al Virrey que procure economizar quanto antes más le sea posible semejante gracia.—Fecho en 26 del mismo mes.—Con Rl. resolución de 15 de marzo de 1817 se conformó S. M. con el parecer de la Cámara.

VI

1825, 25 de octubre, Río de Janeiro

Certificado médico firmado por el cirujano don Francisco López.

Archivo Histórico Militar de Segovia.

Dn. Francisco López, Licenciado Médico y Cirujano rehabilitado con arreglo a las leyes, ex cirujano mayor con funciones de Protomédico del Ejército Nacional del Alto Perú, Médico Cirujano de la Brigada de Artillería Nacional de Lima, Médico titular del Colegio de Sta. Cruz de niños huérfanos de dicha localidad.—Certifico: haber asistido desde su llegada a Lima hasta la fecha al Snor. Dn. Mariano Ricafort Brigadier de los Ejércitos Nacionales de una herida complicada en la parte inferior de la pierna derecha ocasionada pr. una bala de fusil que le fractura la tibia y peroné cerca de la articulación, y de nueve heridas más recibidas posteriormente y hechas con sable, de las cuales tres fueron en la caveza, una en la frente, otra en la nariz y las demás en las extremidades posteriores; en todo este tiempo ha sufrido las alternativas que presentan esta clase de heridas mayormente en la larga nabegación desde Lima hasta esta Corte teniendo que extraerle varias esquirlas, pr. lo qe. no ha estado muy lejos de amputarle la pierna, pero con las medicinas y régimen que el arte prescribe he conseguido aplacar los funestos síntomas que se han presentado y que sobremanera lo han hecho padecer.—En la actualidad se halla muy aliviado de las heridas de sable, pero la pierna está aún en mal estado pues se halla con una úlcera simosa sostenida pr. las esquirlas que aún tiene que expeler, por lo que conceptúo que su curación será muy larga, y tal vez no completa, por cuya razón podrá suceder quede inútil para continuar en el servicio activo de las armas. Y a petición de dicho señor para los fines que le convengan le doy esta certificación en la Corte del Río de Janeyro a 25 de octubre del 1823.—Ldo. Francisco López.—Firmado y rubricado.

VII

1831, 22 de diciembre, Madrid

Hoja de servicios del brigadier coronel don Mariano Ricafort

Archivo Histórico Militar de Segovia.

REGIMT.^o INFANT.^a DE LÍNEA IMPERIAL ALEXANDRO EXPEDICION.^o—El Brigadier Coronl. del Regimt.^o D. Mariano Ricafort, su edad 40 años, su país Huesca en Aragón, su calidad noble, su salud buena, sus servicios y circunstancias los qe. expresa

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA DONDE SE HA HALLADO.—En la de Francia hizo el servicio de Cadete en la comp.^a de descubridores; en los Pirineos de Velaller introdujo papeles seductivos en el campo enemigo por comisión del Sr. General Carraja, por cuyo servicio fue promovido a Subteniente en el Príncipe de Infr.^a y en este cuerpo tuvo

cuatro acciones de guerra: En la de Portugal y Campo Mayor, en cuyos intermedios fue conuido (?), en los Reinos de Valencia, Galicia y Extremadura en persecución de malhechores. Estubo el 2 de mayo de 1808 en las ocurrencias de Madrid con los enemigos, y se fugó de ellos a la Provincia de Extremadura. Obtuvo la misión de insurreccionar varios Pueblos de la misma y Portugal, lo que consiguió.—Amenazada la Capital de Badajoz de una anarquía en 16 de diciembre del mismo año, se le confería su pacificación con una Compañía de Tiradores, que al efecto se creó, logrando su total tranquilidad; en la misma compañía alguna caballería y dispersos organizó una división en las orillas del Tajo, con cuya fuerza rechazó por dos veces al enemigo en considerable número; sorprendió y atacó a la bayoneta un grueso destacamento de enemigos en Torrejoncillo, hallándose éstos fortificados, y se les causó muchos muertos en la acción de Caura-El Gallo en la clase de Ayte. del Sr. Gral. en Jefe Marqués de la Romana; en la de D. Benito el 7 de marzo de 1811, fue hecho prisionero en Sta. Marta, y se fugó antes de las 24 horas; hizo el servicio de Vocal del Trib. militar ejecutivo, cuyo presidente fue el Marqués de la Romana; desempeñó varios alistamientos y otras comisiones espinosas, en medio y al frente del enemigo en esta Provincia y en la de Córdoba; fue Ayudante Gral. de la División del Genl. Davone, y en ella se halló en quantos encuentros tuvo con los enemigos hasta su reforma, pasó a Plasencia con comisión del Gral. en Gefe del 4.º Ejército a observar a los enemigos, reconquista la plaza de Badajoz; fue nombrado por Gral. en Gefe Wellington Gobernador de la misma, se halló en las acciones del 10 y 26 de enero de 1814, en las alturas de Galeta, en las de 14, 15 y 16 de febrero sobre Galeta y San Pelayo, en el bloqueo de Navarro desde 24 de febrero hasta 1.º de mayo introduxo proclamas del Sr. Duque de la Angulema, de orden del Gral. Morillo, siendo comandante y encargado de las fortificaciones de los puntos de Meriten abanzados a la Plaza; se ofreció voluntariamente para la expedición del gral. Morillo y fue el primer gefe que logró se presentasen decididamente más de las dos terceras partes de la tropa de su mando con todos los oficiales por cuyo servicio tuvo Rl. Orden para invitar varias Provincias y principalmente de Extremadura logrando en todas ellas crecido número de voluntarios para dicha expedición; quando la quema del navío de San Pedro en la isla de Coche fue el primero que se arrojó con una lancha a socorrer los individuos de la tripulación y con su providencia logró se salvaran muchos, ya en su misma lancha, ya en las que activamente hizo acudiesen de todos los buques por cuyo mérito obtuvo de S. M. la más honorífica distinción se le nombró 2.º Comandante de la 4.ª División destinada al Perú, para que en todo tiempo la mandase en defecto del 1.º, aunque fuese en concurrencia de otros jefes más antiguos; fue destinado Presidente de la Real Audiencia del Cuzco por el Sr. Virrey Abascal, obtuvo comisiones por su sucesor Sr. Pezuela para arreglar la provincia de Puno y La Paz, remitiendo de ellas grandes recursos de toda especie al Ejército; castigó a los autores de las revoluciones anteriores, y armó expediciones contra el Caudillo Liza hasta destruirle toda su gente; en marcha paseó el Ejército retrocedió desde Mayo para perseguir la división enemiga de Lamadrid, situada a retaguardia del Exto y con sus providencias coadyubó a la expedición de las Provincias que ocupaba. Batió particularmente a varios Caudillos presentados en Tupiza y sus inmediaciones; fue nombrado 2.º Gral. del Exto y con una División de mil hombres pasó a la provincia de Tarija, la tranquilizó enteramente, y causó de pérdida al enemigo más de 200 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y algunos de los caudillos principales.—Fon Joaqn. Oliveras, Tente. Coronel Comte. del 1.º Batallón del Regt.º de Inf.ª de línea del Impl. Alexandro expedicionario, y encargado en la oficina pral. del mismo, por hallarse con el mando accidental el crol. gradd.º Tte. Cornel. de él D. José Carratalá. Certifico q. la hoja de servicios q. antecede es copia a la letra de la original que existe en la oficina pral. de mi interino cargo, y para que conste en Arequipa a 31 de enero de 1820.—Visto Bueno.—Carratalá.—Joaquín Oliveras.—Firmado y rubricado.—Madrid 22 de diciembre de 1831.—El Comisario Ordenador de los Reales Exrctos.

VIII

1829, 6 de julio, Madrid

Dimisión de Ricafort de su mando en Filipinas.

Archivo Histórico Militar de Segovia. Documentos del teniente general don Mariano Ricafort, fol. 15.

MINISTERIO DE LA GUERRA.—6 de julio de 1829.—El Secretario del Consejo de Ministros en 4 de julio de 1829.—Dice: Que conformándose V. M. con el dictamen del otro Consejo de Ministros ha tenido a bien admitir al General Ricafort la dimisión que ha hecho del mando de las islas Filipinas y conferirle una de las dos plazas del Consejo de Indias destinadas para los Generales que hayan servido en alguno de los dominios de Ultramar.

IX

1829, 19 de julio, Madrid

Concesión de gracias por sus servicios en Filipinas.

Archivo Histórico Militar de Segovia. Documentos del teniente general don Mariano Ricafort, fol. 17.

Señor.—Haviéndome comunicado el Secretario del Consejo de Ministros en 4 del actual que a consulta del mismo, se había dinado V. M. admitir al General Ricafort la dimisión del mando de aquella Capitanía General, concediéndole al propio tiempo Plaza en el Consejo de Indias, no puedo menos de manifestar a V. M. que en la dimisión interesado por este General en 19 de enero al año último, pedía a su buelta a España el auxilio de quatro mil duros, y que no se le despojase del mando hasta el día que se hiciese a la vela para Europa. En apoyo de ello entre otras cosas que sus antecesores González y Martínez recibieron dicho auxilio; y yo fundado en lo mismo y en sus relevantes servicios opino por que S. M. le conceda estas gracias.—Dios conserve la importante vida de S. M. por dilatados años para prosperidad de sus vasallos.—Madrid 19 de julio de 1829.—Señor.—A. L.: R. P. de V. M.—El Marqués de Lambrad.—Firmado y rubricado.

X

1840, 5 de agosto, Madrid

Contestación a una solicitud de Ricafort.

Archivo Histórico Militar de Segovia. Documentos del teniente general don Mariano Ricafort.

MINISTERIO DE LA GUERRA.—El encargado interinamente del Despacho de Guerra dice al Teniente General Don Mariano Ricafort lo que sigue: Enterada S. M. la Reina Gobernadora de la instancia promovida por V. E. en solicitud de que se le considere como

Consegero con Real Despacho y que se le destine al Tribunal Supremo de Guerra y Marina y sea efectivo o en clase de suplente se ha servido disponer q. se lo tenga presente. Lo digo a V. E. de Real Orden para su conocimiento.—Dios guarde a V. E. muchos años.—Barcelona 31 de julio de 1840.—Manuel Varela y Lima.—De la misma Real Orden lo traslado a V. E. para inteligencia de ese Tribunal Supremo.—Dios guarde a V. I. muchos años.—Madrid 5 de agosto de 1840.—El Subsecretario de Guerra.—Fernando de Nozamy.—Firmado y rubricado.—Sr. Secretario del Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

XI

1847, 3 de febrero, Madrid

Comunicación al Ministerio de la Guerra del Tribunal Supremo.

Archivo Histórico Militar de Segovia. Tribunal Supremo de Guerra y Marina.

TRIBUNAL SUPREMO DE GUERRA Y MARINA.—EXCMO. SR.—En cumplimiento de lo prevenido en la Real Orden de 28 de enero último paso a manos de V. E., de acuerdo del Tribunal, copia de la Real Orden de 7 de diciembre de 1840 para que se sirvió S. M. declarar que al ser nombrado comandante general de Canarias al Teniente General D. Mariano Ricafort, retenía el carácter de Ministro de este Supremo Tribunal y el derecho a ocupar la vacante que hubiese en él al terminar su comisión, acompañando asimismo copias de la del 23 de noviembre de aquel año, confiriendo a dicho General plaza de Ministro del Tribunal y de la de 5 de agosto del propio año mandando se le tuviere presente p.^a la primera vacante, únicas resoluciones que obran en el expediente relativo a dicho individuo.—Dios guarde a V. E. ms. años.—Madrid 3 de febrero de 1847.—Firmado ilegible.—Sr. Ministro de la Guerra.